

RECENSIONES

FERNANDO DE SALAS LÓPEZ: *España, la OTAN y los Organismos militares internacionales*. Editora Nacional, Madrid, 1974, 333 pp., ilustrado.

Pocos temas pueden superar, en trascendencia y actualidad, al de las alianzas militares. La escena mundial, en sus tres últimas décadas, se halla condicionada por la acción de dos bloques político-militares, de signos opuestos y cuyas ramificaciones colaterales abarcan todo el planeta, que influyen decisivamente a todo el conjunto de las relaciones internacionales. No obstante, siendo un tema de tanto interés y de tan vital importancia, el lector medio no ha tenido, hasta el momento, al alcance de la mano una obra que le suministre información solvente y completa respecto de tales alianzas.

Para remediar esa penuria informativa y llenar un sensible vacío en nuestra bibliografía, el coronel Salas López ofrece ahora una obra extraordinariamente valiosa. El motivo que le ha impulsado a escribirla, según expone en el prólogo, es el de «dar a conocer las características de los organismos militares internacionales en los que la OTAN ocupa lugar preeminente en el mundo occidental... Como las tensiones bélicas internacionales hacen continua referencia a los organismos militares, es muy grande y reiterativa la dosis de elemental y breve información que de ellos recibe el ciudadano español que vive dedicado a actividades no militares. Sin embargo, no han conseguido esas noticias, en la mayoría de los casos, proporcionar una idea clara de cuáles son los fines, esquemas orgánicos y funcionamiento de estos organismos cuyos nombres son tan familiares: OTAN, Pacto de Varsovia, etc.». El propósito que le ha guiado se ha cumplido plenamente y el gran público cuenta ya con un instrumento informativo perfectamente accesible, en el que se examinan con rigor y se exponen con claridad todas aquellas cuestiones que se imbrican en el seno de las alianzas militares.

Ahora bien, si se toma en consideración la doble vertiente, militar y política, que tan íntimamente se conectan en el tema, se advierte la especial preparación requerida para llevarla a cabo, con éxito, de forma global y exhaustiva. En pocas personas se conjuga suficiente competencia en ámbitos tan diferentes. Precisamente, el coronel Salas López es uno de los pocos que, por su actividad, pertenece a dos mundos tan distintos como la milicia y la política internacional¹. Su permanente labor de investi-

¹ Don Fernando de Salas López es coronel de Infantería, diplomado de Estado Mayor del Ejército y de la Armada. Ejerció el profesorado en la Academia General Militar, en la Escuela de Aplicación y Tiro de Infantería y en la Escuela de Automovilismo del

gación en ambos terrenos le confiere una probada autoridad, contrastada en las numerosas obras que ha venido publicando, sin pausa, durante los últimos veinticinco años sobre aspectos tan diversos como los que van desde el empleo táctico del armamento a la doctrina militar, o a sus reiteradas colaboraciones en la REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL.

El libro tiene dos partes bien definidas que se suceden en el texto: la OTAN y España. En torno a este núcleo central se exponen y examinan una serie de cuestiones que guardan estrecha relación con aquéllas.

Se inicia el volumen con la descripción, densa aunque breve, de las alianzas militares anteriores a la II Guerra Mundial—especialmente las coaliciones suscitadas por Napoleón—y posteriores a la misma. En el capítulo segundo enfoca la atención hacia las causas que motivaron la creación de la OTAN y del Pacto de Varsovia. «La mayor parte —dice— de los tratadistas occidentales coinciden en considerar que el motivo concreto del nacimiento de los organismos militares internacionales fue debido a la estrategia rusa después de la terminación de la II Guerra Mundial, y distinguen dos períodos en esta estrategia soviética: el primero, hasta la muerte de Stalin, y el segundo, con Kruschev, desde 1955. Con Stalin se empleó la estrategia de la acción directa, ya que el impulso adquirido con la guerra, y la ausencia de campanas en el Kremlin, no permitieron a sus dirigentes enterarse de los alegres toques lanzados en el bando aliado anunciando que la guerra terminó en 1945.» Tras de un sugestivo cuadro en el que se detallan las características de los territorios anexionados directamente por la URSS (472.414 kilómetros cuadrados y 24 millones de seres) o controlados por Moscú, durante el período 1940-1948, se resume el balance de la reacción occidental: OTAN, ANZUS, OTASE, pactos bilaterales con Japón, Corea del Sur y Formosa.

La OTAN, nacida como reacción al bloqueo de Berlín que anunciaba el endurecimiento de la política moscovita, constituye la medula de esta primera parte de la obra, de índole acusadamente política. Se ocupa de las motivaciones del Pacto Atlántico, cuyo texto se incluye, y se comenta el alcance de sus disposiciones. Idéntica labor verifica el autor respecto del Pacto de Varsovia procediendo, a continuación, a una labor del máximo interés como es la comparación de ambas alianzas: finalidades que pretenden, aspecto político de los Pactos, diversidad de estructuras, evolución de ambos organismos y posibilidades de un pacto de no agresión entre ellos. Salas López maneja con soltura un impresionante acervo de datos y documentos, y tiene el mérito de saberlos reducir a esquemas fácilmente comprensibles para cualquier lector. También explica las características que concurren en el CENTO, u Organización del Tratado Central, el ANZUS, la OTASE, el ANZUK y la FENU (Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas) para plantearse —y resolver— finalmente el interro-

Ejército. Diplomado de Carros de Combate, de Automovilismo del Ejército y en Logística. Consejero honorario de la Cátedra «General Palafox» de Cultura Militar de la Universidad de Zaragoza. Agregado Militar a las Embajadas de España en Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay (1966-70). Por otra parte, en la segunda vertiente citada, Salas López, licenciado en Derecho, es miembro del Instituto de Estudios Políticos, adscrito a la Sección de Relaciones Internacionales, miembro titular del Instituto de Cultura Hispánica y diplomado en Estudios Hispánicos Contemporáneos.

gante de si esos organismos militares son auténticos ejércitos y esbozar el intento de creación de un ejército supranacional europeo.

En estas páginas se revelan los profundos conocimientos de Salas López acerca de la política internacional contemporánea, lo que le permite lograr una síntesis clara y metódica. El capítulo termina con una mención escalonada de los problemas a resolver por los Organismos militares internacionales para lograr la eficacia que precisan y de los sistemas militares preponderantes en la actualidad. Llama la atención la riqueza de materiales acopiados por el coronel Salas López para esta brillante aportación.

Los capítulos 3 y 4, columna vertebral de la obra, están consagrados al estudio de la estructura y actividades de la OTAN. En ambos se conexionan, como ya hemos indicado, los aspectos políticos junto a los militares, puesto que en la estructura de la Organización atlántica ambos coexisten íntimamente. No es necesario ponderar la valía de estos capítulos porque de todos es conocida la dificultad que representaba la ausencia de una obra en que se recopilasen estos extremos, dispersos en revistas especializadas difícilmente asequibles. En unas sesenta páginas, el coronel Salas López ha sabido reunir, con sumo acierto, toda la información sustancial complementada con esquemas, cuadros y gráficos en los que se puede contemplar el panorama completo de la Organización.

Los capítulos 5 y 6 están dedicados, respectivamente, al concepto dinámico de la política militar y a las ideas básicas que informan los criterios orgánicos modernos.

Siguen cinco capítulos —la segunda parte a que aludíamos— que integran un certero análisis referido a España: actualizaciones orgánicas del ejército español, Ley Orgánica de la Armada, proyecto de Ley Orgánica de la Defensa Nacional, política española en relación con la OTAN y con cada uno de los países miembros y conveniencia de la adopción por el ejército de la doctrina y estructura OTAN para sus unidades de combate. «Sería de desear —dice— que para mantenerse dentro de la línea de máxima actualización militar fueran adoptadas de manera global, como lo han realizado la Marina y la Aviación españolas, los conceptos tácticos, logísticos y orgánicos que integran la doctrina de la OTAN, adaptándolos a nuestras características y circunstancias, pero de una forma sistemática y completa, que mejoraría mucho la situación actual, en la que ya se vienen poniendo en práctica y reglamentando aspectos parciales, como lo son el logístico, en los nuevos conceptos que se difunden en la Escuela Superior del Ejército, y también en otros aspectos tácticos determinados.» La profunda competencia y vocación militar del coronel Salas López se expresa en una serie de propuestas y sugerencias del mayor alcance y trascendencia.

Finaliza la obra con un capítulo en el que se exponen las vinculaciones de España con los Estados Unidos de Norteamérica y la OTAN. Como resumen a todas las ideas expuestas, dice el autor emitiendo un juicio: «La gran aportación que España haría a la OTAN, en el caso de su integración, sería de dos clases: una, la extraordinaria situación estratégica de nuestro país, que estimamos no es preciso recalcar, ya que la base actual de Gibraltar, la espina de todos los españoles, cada día tiene, relativamente considerada, menos importancia militar en comparación con la que representa nuestro litoral y su *hinterland*, pues, entre otras causas, su reducido campo de aviación es cada vez más inservible para los modernos reactores sin internarse en nuestro espacio aéreo, como han reconocido los propios ingleses en las conversaciones en

RECENSIONES

Madrid a fines del mes de mayo de 1974. La importancia estratégica y logística de las Baleares y Canarias aumenta de día en día. España sería, sin duda, un importante eslabón en la cadena defensiva de la OTAN, que la fortalecería sensiblemente. Otra aportación destacada representaría la extraordinaria capacidad combativa de nuestros soldados.»

Siete anexos completan este volumen. Las fuentes documentales manejadas son muy amplias y en sus páginas figuran recogidas, en un selecto apéndice bibliográfico, todas aquellas que resultan de manejo indispensable.

JULIO COLA ALBERICH

RICHARD LÖWENTHAL: *Vom kalten Krieg zur Ostpolitik*. Stuttgart, Seewald Verlag, 1974, 96 pp.

Este casi libro —o libro sin más— del profesor Löwenthal es su contribución al volumen de la misma editorial, publicado también en 1974, *La Segunda República. Veinticinco años de República Federal Alemana. Un balance*. De él se debe señalar en primer lugar la minuciosa exposición y la cuidadosa ordenación de la masa de hechos acaecidos desde que en 1949 se aprobó la «Ley básica» de la República Federal hasta que en 1972 se firmó el convenio internacional entre las dos Alemanias resultantes de la II Guerra Mundial. También a destacar la formidable masa de documentación que se maneja, de forma que cada episodio aparece fundado en una cita precisa —hasta 304 en total— de un documento normalmente oficial que lo soporta o acredita.

El hilo de la historia que se persigue es el tránsito de la política exterior de la Alemania Federal desde una posición basada en la negativa al reconocimiento de la otra Alemania, la pretensión de legitimidad única como representativa del pueblo o de la nación alemana como residente en la Federal y la esperanza de una reunificación de las dos Alemanias a través de una decisión mayoritaria libre de los habitantes de ambas; hasta una actitud, que resume la expresión *Ostpolitik*, caracterizada por el reconocimiento de hecho, y a todos los efectos prácticos de derecho también, de la Alemania soviética —simbolizada por la incorporación de ambas a las Naciones Unidas— y la renuncia a la reunificación, salvo como una esperanza de perspectivas remotas, a realizar en un futuro indeterminado y fuera de previsión.

Insisto en que todos los muy complejos episodios que caracterizaron o se derivaron de una y otra políticas y el tránsito de la primera a la segunda están descritos con una minuciosidad abrumadora de detalles; sólo que el fárrago, que repele en otro tipo de estudios, en éste es demostración de la investigación de su autor y preciosa indicación de fuentes para quien quiera proseguir o ampliar la misma. Sobre los detalles, sin embargo, parecen sobresalir estos fenómenos decisivos:

En primer lugar, la formidable personalidad del canciller Adenauer y su dominio de los resortes de la política exterior y de sus personajes, insólito para un político alemán en las primeras fases de la posguerra. Verdaderamente, del estudio resulta agigantada la figura del primer canciller frente a la de sus sucesores, Brandt incluido, sin necesidad,

RECENSIONES

por cierto, del episodio final de la dimisión de éste, al que el estudio no llega y del que por tanto no da razón.

En segundo término, la muy amplia medida en que la política exterior de la Alemania Federal, y concretamente sus relaciones con la otra Alemania, fue determinada por las tensiones y distensiones generales entre el Oeste y el Este a lo largo del período. El reflejo, por ejemplo, en Europa del conflicto cubano es bien significativo al respecto.

Finalmente, la forma en que el problema del *status* de Berlín, especialmente del enclave del Berlín occidental, y la libertad de acceso al mismo desde el Este y desde el Oeste fue una de las cuestiones básicas en cuyo torno giraron otras muchas. La situación de Berlín aparece una y otra vez explícita o implícitamente, como símbolo de los avances y de los retrocesos, de las victorias y de las derrotas diplomáticas, de una u otra Alemania, de sus respectivos aliados, de las grandes organizaciones militares de soporte—Tratado del Atlántico Norte, Pacto de Varsovia—y, en general, del Este y del Oeste o, con mayor precisión, de los Estados Unidos de América y de la URSS.

Quizá conviniera dejar también constancia de la habilidad del autor para dejar descritos, y de paso para evaluar y juzgar, probablemente sin pretensiones excesivas de objetividad, a algunos de los personajes extraalemanes de los veinticinco años históricos: Stalin o Kruschchev, Eisenhower o Kennedy, por no citar sino a los más importantes, aparecen una y otra vez retratados y calificados en pinceladas breves.

El final del estudio, aunque evidentemente el profesor Löwenthal es un defensor de la *Ostpolitik*, es, imagino, descorazonador para un alemán; el mantenimiento del *status quo* en Europa se prolongará indefinidamente, y con él la división de Alemania. Si esto es así, y si se ha renunciado, como ha quedado dicho, a la reunificación, «si la República Federal no es el núcleo de un Estado nacional reconstruido, ¿qué es entonces?» (p. 91). A las nuevas generaciones, pese a su frecuente falta de conciencia histórica, corresponde dar respuesta a esta pregunta y ponerse en la nueva situación; en definitiva se trata de admitir o rechazar como perspectiva histórica futura la división de Alemania o, más radicalmente, que Alemania ha dejado de ser una.

M. ALONSO OLEA

JAN SKEET: *Muscat and Oman, the end of an Era*. Faber, Londres, 1974, 224 pp.

El sultanato de Omán es un país de Arabia cuya superficie oficial está fijada en unos 212.000 kilómetros cuadrados, aunque lo vago de sus líneas fronterizas parece elevar la superficie total hasta unos 238.000, es decir, una extensión equivalente a la que en Europa occidental tiene Rumania. Por otra parte, el ángulo geográfico en que Omán está situado es uno de los más importantes estratégicamente en todos los sectores del Oriente Cercano que dan al océano Índico, puesto que desde Omán se pueden controlar y dominar los accesos de entrada y salida al golfo Pérsico o Arábigo, principal zona de los más grandes yacimientos petrolíferos. Ha de tenerse también en cuenta que en la Edad Media, durante los tiempos de los grandes jalifatos islámicos de Damasco y Bagdad,

RECENSIONES

Omán fue célebre como «frente marítimo» esencialmente, puesto que por allí la civilización islámica se extendió por la India y trajo luego los productos del Asia extremo-oriental hasta los países del Mediterráneo. Los gobernantes del Omán descubrieron las costas del Africa negra occidental, donde tuvieron bases tan importantes como las de Zanzíbar y sus dependencias.

A pesar de todo esto (y del otro antecedente de que Omán llegó a anticiparse como Estado árabe independiente y expansivo, fuera de los dominios del imperio-sultanato turco otomano), lo cierto es que desde las perspectivas de Europa occidental casi nunca se acuerda nadie de que Omán exista ni de que tenga unos valores geopolíticos tan importantes como los de ciertos países árabes del sector mediterráneo litoral. Todo lo más, al citar a Omán se le confunde con los llamados «micro-Estadillos internos» del golfo, o sea, Kuwait, Bahrein y Qatar. Pero aunque en Omán no se hayan encontrado grandes yacimientos petrolíferos locales, el hecho de que por allí pueda abrirse o cerrarse el paso hasta los yacimientos enormes no sólo de los emiratos, sino del Irán, del Iraq y de Arabia Saudita, demuestra que son múltiples los significados que Omán tiene para la actualidad económica, política, diplomática, militar, etc., de Asia occidental entera.

Estos y otros motivos son los que ponen de relieve e incluso subrayan el gran interés documental que ofrece contar con un manual claro y moderno no sólo acerca de lo que es Omán, sino respecto a cómo los cambios precipitados que allí se han venido produciendo en muy pocos años, señalan el final de una larga era de pasividad soñolienta y el paso a la conversión de Omán en el epicentro posible de unas sacudidas que afecten a los destinos arábigos, y acaso tengan también facetas mundiales. El referido manual, de expresiva introducción, es ahora el londinense escrito por Jan Skeet.

El plan del libro de Jan Skeet ha sido doble. Por una parte se ha conseguido trazar un cuadro completo y minucioso de cómo es y cómo aparece Omán en sus aspectos físicos, paisajísticos, folklórico-sociales, etc., así como las restricciones que a su desarrollo puso el papel político (bastante reducido) que Omán vino desempeñando durante el tiempo que permaneció incluido (como modesto factor localista) dentro del conjunto vastísimo de posesiones, zonas de ocupación y zonas de influencias que el imperio británico controló en el Oriente árabe y arabizado desde mediados del siglo XIX hasta después de la II Guerra Mundial. Por otra parte, en el libro de Jan Skeet se detalla la curiosa figura del sultán Said Ben Teimur. Dicho sultán fue uno de los más exagerados y pintorescos prototipos de un principillo «nativo» del período anglocolonial (semejante al prototipo de ciertos principillos de la India imperial británica). Pero también Said Ben Teimur constituyó una figura colorida de tiranuelo exótico, con residuos de trazas medievales y empeños de una evolución hacia atrás.

Desde luego, Said Ben Teimur había sido especialmente educado y entrenado para hacer de él un soberano absoluto y absolutista, al estilo de ciertos pequeños maharajás y rajás de modelo indostano. Lo mismo que ellos, se formó en el llamado «Colegio de Jefes y Notables» de Ajmer, en la India británica. Realmente aquella educación segregada y especializada que recibían los futuros dirigentes de las zonas principescas solía capacitar para desempeñar los puestos «indígenas» de los protectorados con un cierto liberalismo. Pero Said Ben Teimur, al ocupar el poder en su país, que era zona confusa de pluralismo suelto de tribus y sectas, buscó y efectuó un concentramiento de poder personal que era una tiranía (aunque más ridícula que trágica).

RECENSIONES

El dominio de Ben Teimur se ejercía a base de innumerables prohibiciones para sus súbditos. Se prohibía fumar y escuchar música, llevar gafas y bastones, viajar desde una población a otra sin un permiso especial. La electricidad y el agua corriente sólo estaban instaladas en los palacios sultanianos. Para una población de 700.000 habitantes sólo existían tres escuelas primarias... Realmente, el sultanato, que tenía por capital a Mascate, había retrocedido muchos siglos en los niveles de la civilización.

La Gran Bretaña no tenía establecido un dominio quieto sobre todo lo interior del país, aunque unidades navales inglesas vigilasen las costas y hubiese oficiales británicos como instructores en la guardia del sultán. Desde Londres se consideraba que lo importante era controlar desde fuera aquel nudo de comunicaciones próximo y centro-orientales. Al final se sublevaron las tribus de las montañas de Dhofar y Gran Bretaña hubo de intervenir directamente haciendo abdicar a Ben Teimur, que luego fue deportado a Londres. Un general y dos coroneles ingleses organizaron el cambio, poniendo en el trono a Sayed Qabus Ben Said, hijo del sultán anterior, pero con ínfulas «progresistas». Fue el 24 de julio de 1970. Desde entonces procede la llamada «nueva era», que se ha puesto en marcha con ritmo muy acelerado. Fue formado un gobierno técnico llamando a algunos antiguos fugitivos del país que habían tenido que estudiar en el extranjero. Se abrieron escuelas por todas partes, importando monitores de otros países árabes. Se han hecho hospitales y se puso en uso un aeropuerto civil. Las mujeres arrojaron los velos. Por unas carreteras iniciadas comenzaron a correr autos. El Omán pasó a ser un Estado miembro de la Liga Árabe y de las Naciones Unidas.

Económicamente se trata de valorizar por completo un país que cuenta con bastantes recursos aún vírgenes. Uno de ellos consiste en la propia naturaleza de gran parte de los suelos, donde filas de montañas vuelven sus partes fértiles hacia la orilla oceánica y se aíslan del exceso de influencias desérticas. Además, Omán está sobre las rutas de los vientos monzones que llevan las fuertes lluvias hacia la India. La mitad de las tierras pueden habilitarse para pastos y una agricultura racional que doble o triplique el número de habitantes fijos sobre los suelos. Hay también pesca y ganadería. Han comenzado a extraerse petróleo, aunque en cantidades todavía relativamente moderadas. Su transporte puede ser ya, sin embargo, uno de los factores que sirvan para que el puerto de Mascate pueda convertirse en un punto marítimo de enlace entre las rutas del mar Rojo y las de todo el semicontinente indostano. Y el nuevo aeropuerto de Sib (a 30 kilómetros de Mascate) se ha inaugurado con carácter internacional, como etapa de los vuelos Beirut-Bagdad-Sib-Karachi-Bombay, construido por una empresa holandesa y capaz de recibir los aparatos más modernos.

En lo político, tanto asiático como mundial, el territorio de Omán se está convirtiendo de prisa en un punto clave muy valioso, sobre todo en vista de la ya anunciada reapertura del canal de Suez y de los problemas internacionales que origina la crisis de los carburantes. Como de hecho desde Omán se puede dominar todo el área del golfo Pérsico, donde se encuentran los mayores yacimientos de los crudos que posee el *Mideast*, es siempre posible la amenaza de que si alguna potencia mundial quisiera dar un golpe para apoderarse en todo o en parte de algunos de tales yacimientos tendría que utilizar como bases terrenos litorales no sólo del Omán propiamente dicho, sino de la titulada Federación de Emiratos Árabes (antigua Costa de la Tregua), que lo prolonga por su Oeste. Para poder prevenir y hacer innecesarias tales incursiones extranjeras

RECENSIONES

es necesario que exista en la región un fuerte poder nacionalista local que se encargue del control naval.

Tal poder es sin duda el del Irán, que ya ha comenzado a actuar, aunque sólo en proporciones limitadas para casos muy concretos y urgentes. Respecto al Omán, en diciembre de 1973 (y atendiendo a una petición especial del sultán Qabus) desde Teherán se enviaron 8.000 soldados escogidos, junto con helicópteros y unidades navales ligeras, para impedir que los guerrilleros rebeldes que quedan en el Dhofar reciban pertrechos desde fuera. Tales guerrilleros se apoyan en el Yemen del Sur, que constituye un foco de anarquía. Y no es imposible para 1975 que la flota iraní, ya dominante dentro del golfo Pérsico, extienda su acción de ayuda protectora a todo el sector que se extiende desde Kuwait hasta la punta del estrecho de Hurmaz o de Ormuz.

Terminando por insistir otra vez especialmente sobre el plan, la intención y el contenido del libro londinense de Jan Skeet, pueden señalarse, como resumen, varios aspectos positivos predominantes, pero también algunos negativos. Entre los primeros figura el deseo de proporcionar una introducción al conocimiento del Omán que sea objetiva y lo más clara posible. Lo negativo consiste en que como de todos modos los acontecimientos internacionales que se desarrollan en torno al golfo Pérsico son cada vez más prolijos, abundantes y rápidos, siempre se quedan viejos y atrasados los episodios de los tiempos del sultán Teimur. Aunque para comprender el valor de los cambios actuales siempre hay que tener en cuenta qué fue lo que cambió y cuál puede ser la evolución de Omán dentro del conjunto que compone en El Cairo la Liga de los Estados Arabes.

RODOLFO GIL BENUMEYA

JESÚS SALAS LARRAZÁBAL: *Intervención extranjera en la guerra de España*. Editora Nacional, Madrid, 1974, 656 pp.

Uno no cree en la «historia definitiva», pero no tiene inconveniente en creer en la historia casi definitiva. El libro que aquí se reseña es un ejemplo apabullador de lo lejos que estábamos respecto a nuestra historia de la última guerra civil de siquiera llegar a una historia-casi-definitiva en lo que respecta a capítulo tan fundamental como el de la intervención extranjera. El teniente coronel Jesús Salas Larrazábal ha dado un paso decisivo en la clarificación de no pocos aspectos de la intervención exterior, sobre todo en lo que a material de guerra y hombres se refiere. Lo que es verdaderamente inexplicable es la inmensa dilación de tiempo (la última guerra española sigue siendo objeto de propaganda y contrapropaganda política) que ha sido menester para llegar a la publicación de unos resultados, en su mayor parte en archivos españoles *en España*, que, al menos en el aspecto que aquí se trata, favorecen a los vencedores en el sentido de haber recibido menor ayuda. ¡Cosas del país! Y, pese a todo, no deja de seguir siendo una broma que se sepa hasta el último tornillo recibido por soviéticos de los angloamericanos durante la II Guerra Mundial y que en nuestro caso haya de seguirse procediendo mediante las cuentas de la vieja.

RECENSIONES

Y es que, dígase lo que se diga, la nuestra fue una guerra de artesanía. Es lo que en síntesis viene a demostrar el autor, aunque por supuesto no utilice tales palabras. El libro se debería subtítular, según indica la introducción, «Balance y documentos», pero no consta como tal. La clave de la cuestión ha sido tanto los archivos extranjeros como los propios del país. «Este estudio —anuncia el autor— ha podido cimentarse en importantes series documentales que, después de más de quince años de búsqueda, he encontrado en diversos archivos, principalmente en el Histórico Nacional y el Histórico Militar, las cuales han servido para apuntalar mi ardua y minuciosa labor de investigación previa, que en lo referente a material aeronáutico tuvo que llegar a la *indagación individualizada de todos y cada uno de los aviones arribados a España* [subrayado mío, con lo que comienza a justificarse aquello de la «artesanía»], a lo que me vi obligado ante la carencia de documentación digna de confianza de los años precedentes.» Y puntualiza a continuación: «Mis estimaciones han sido enteramente confirmadas por los fondos documentales encontrados, lo que me autoriza a publicar los resultados en su estado actual, aunque no haya finalizado la investigación, pues el porcentaje de error posible es reducido y en la mayor parte de los casos acotado en sus dos sentidos, el superior e inferior.» Hay que añadir que el autor no se limita a enumerar listas de hombres o materiales, sino que también intenta valorarlas económicamente, contrastando las diversas aportaciones en dólares.

La obra consta de once capítulos, que examinan las distintas categorías y vicisitudes de las intervenciones extranjeras. El último de ellos viene a ser de conclusiones. Por la guerra española habrían pasado unos 6.500 alemanes y un centenar de miles de italianos, mientras que portugueses e irlandeses estuvieron del orden del millar, sin contar apenas las demás nacionalidades. Los soviéticos doblaron a los alemanes y por las Brigadas Internacionales pasaron un número similar al de italianos por el lado nacional. Curiosamente, en ambos casos llegaron a formar simultáneamente en España unos 40.000 combatientes. En cuanto a armamento pesado, las cifras son éstas: italianos y alemanes contribuyeron con 150 ó 200 unidades por nación, contra 900 soviéticos; Franco recibió 1.253 aviones, y la República, 1.324. Evidentemente, es más fácil por lo que se ve contabilizar aviones que tanques. Pero ¿es posible que un máximo de 400 carros de combate —¡y con la fragilidad de entonces!— alimentaran treinta y tres meses de guerra para los nacionales y que encima quedasen los suficientes para el desfile de la victoria? Si es así, más subrayado queda el proceso artesanal de nuestra contienda.

La República gastó no menos de 200 millones de dólares en prestaciones fuera de Rusia, y en este país, entre 350 y 517 millones (¡curiosa oscilación en el estado de la contabilidad!); la ayuda italiana costó entre 230 y 310 millones, y la alemana, entre 140 y 180 millones, siempre en dólares. El valor mínimo corresponde a las cuentas aceptadas por Franco. «En cualquier caso, parece claro que, contra todo lo argüido hasta ahora, la ayuda al gobierno de Madrid superó a la que alemanes e italianos otorgaron al gobierno de Burgos.» Y también subraya el propio Jesús Salas: «Lo que es difícil de aceptar es que las entregas rusas solas rebasaron en número al conjunto de las germano-italianas, argumento que parece corroborar nuestra valoración de la aportación rusa.» Son los rusos, pues, quienes tienen la palabra. Por si las moscas, el autor termina el último capítulo con estas palabras: «Tanto Italia como Alemania y Francia (convenio Jordana-Berard) firmaron acuerdos con España al finalizar la contienda para regularizar las cues-

RECENSIONES

tiones económicas pendientes. Sólo Rusia y Méjico han rehuido hasta la fecha la confrontación directa de datos que permita llegar a acuerdos similares.»

Visto todo esto, a nadie debe extrañar que Fernando el Católico le pidiera cuentas al Gran Capitán sobre sus exitosos, aunque nada espirituales, ejercicios por Italia.

A partir de la página 513 se insertan unos anexos detallados que refuerzan la argumentación del libro; luego vienen unas ilustraciones fotográficas (tal vez habría sido mejor reforzar las fotos de armamentos y suprimir la de algunos personajes), cinco páginas de compacta bibliografía y un amplio y detallado índice onomástico.

El primer capítulo se titula «antecedentes y primeros días». Pues bien, en lo que a antecedentes basados en el ambiente europeo —situación diplomática— afecta, es más bien convencional y hasta simplista. La palabra «inevitable» e «inevitabilidad» ante la guerra europea o mundial está fuera de tono, mientras que es posible hablar de «ceguera» francesa, pero no de «oportunismo» ruso, porque al fin y al cabo en Munich se dejó pasar la oportunidad, si es que la hubo, de hacer un frente común antifascista, pero Moscú fue ignorado por Londres y su secuela, París. Y si alemanes y soviéticos se entibiaron respecto a España, esto hay que verlo más desde el fatídico Munich que antes. No hay bases para hablar de acercamientos o coqueteos nazi-soviéticos antes de entonces.

Pero éstos son pormenores ajenos de hecho a la obra, y que en nada afectan a ésta. Con razón puede el autor decir que: «En conjunto, creo que este libro supone una notable aportación al esclarecimiento de la intervención extranjera, tema hasta ahora tratado muy a la ligera cuando no claramente tergiversado, y espero que el público y la crítica coincidan en mi apreciación.» En todo caso este crítico así lo aprecia.

TOMÁS MESTRE

RENÉ ZA VALETA MERCADO: *El poder dual en América Latina* (Estudio de los casos de Bolivia y Chile). Siglo XXI, editores, México, 1974, 270 pp.

La finalidad esencial que ha animado al sociólogo boliviano doctor Zavaleta a la redacción y consecuente publicación de las páginas que motivan el presente comentario es la siguiente: el deseo de demostrar, una vez más, la trascendental importancia que en las áreas de lo político y de la economía entraña la presencia de la clase proletaria. En principio, como el propio título de la obra indica, la atención del autor se concentra con el examen detenido de la peculiar situación de los casos de Bolivia y de Chile, pero, según avanzamos en la lectura de estas páginas, observamos que se verifican no pocas alusiones al contexto de la situación analizada en otros lugares de los pueblos del Nuevo Mundo. Dicho de manera más clara es evidente que el problema sobre el que recaen las meditaciones del doctor Zavaleta lo constituye la posibilidad de que, en un futuro no muy lejano, quien mande —aceptemos la expresión— en América latina sea la clase proletaria. El problema que se aborda en este libro no es, si lo consideramos con cierta rigurosidad, absolutamente nuevo. En efecto —se apresura el autor a adver-

tirlo—, como ocurrió hace algunos años con el problema de los modos de producción y las formaciones sociales, el tema de la dualidad de poderes es ahora objeto de una importante discusión en el seno del marxismo latinoamericano. Eso no es una casualidad. Algunos pragmatistas puros piensan que la proposición de tal asunto es más o menos una discusión acerca del sexo de los ángeles, un lujo a deshonra, y que debería utilizarse mejor el tiempo escribiendo, por ejemplo, sobre ciertos temas técnicos más precisos acerca de la táctica. Con todo, si se considera que en estos países se da el caso de que en casi todos ellos hay una gran cantidad de problemas burgueses, nacionales y agrarios no resueltos, y si se tiene en cuenta a la vez que en los intentos de resolver tales cuestiones burguesas desde un poder igualmente burgués y con métodos burgueses han fracasado hasta ahora en todos los casos, se verá que la proximidad entre los dos tipos de revoluciones no es por ninguna razón una imposibilidad en la América latina. Tampoco su entrecruzamiento o imbricación, por consiguiente.

Es obvio, pues, el señalar que movimientos democrático-burgueses de amplio espectro han existido y existirán en la América latina porque existen problemas burgueses no resueltos. Ellos no sólo han existido sino que en algunos casos han conquistado el poder y, no obstante, no han resuelto las propias cuestiones que los motivaban. Los sectores avanzados de las masas latinoamericanas hacen recuento de esas experiencias y, enfrentándose con burguesías que en muchos casos son extremadamente débiles, tratarán de transformar las movilizaciones democráticas en revoluciones socialistas. Al tránsito entre una cosa y la otra es a lo que se ha venido a llamar dualidad de poderes y, por eso, debemos—aconseja el autor—estudiar este problema con cierta atención.

La idea de la unidad del poder, escribe el doctor Zavaleta en otro lugar de su obra, es connatural al Estado moderno, aunque eso no significa que lo sea siempre la concentración del poder en un órgano único. Al concepto histórico de la unidad del poder corresponden las nociones de soberanía, de irresistibilidad del poder legítimo, si bien, en rigor, legítimo es todo poder que puede imponerse merced a su propio movimiento. La propia independencia o autonomía del Estado es una noción hija de la unidad. *No hay autonomía donde no hay unidad*. Weber habló por eso del monopolio en el uso de la fuerza legítima como el carácter principal del Estado moderno. En un ciclo que es conocido, la desconcentración en cambio corresponde a tipos precedentes de Estado, a formas anteriores, especialmente al período del feudalismo. La construcción de los Estados nacionales, tal como los conocemos hoy, es el proceso de unificación del poder del Estado, en el ámbito material de alcance de la nación y creando a la vez el ámbito estatal nacional, misión elemental de la burguesía, que necesitaba organizar en todos los grados posibles su mercado interno. Pero esto ha ocurrido en Europa como un proceso en cierto modo natural, no interrumpido desde fuera y por eso la cuestión nacional adquiere características tan diferentes en la época del imperialismo.

En todo caso, puntualiza el autor de las páginas que comentamos, la dualidad de poderes es una anomalía o enfermedad que se presenta en el seno del poder del Estado (y a veces también en el aparato del Estado) en circunstancias determinadas, que están debidamente circunscritas. Pero incluso hablar de «poder dual» o «doble poder» es

incorrecto en último término; preferimos hablar de dualidad de poderes. Ello mismo, no obstante, a reserva de que no se le tome sino como una metáfora, un signo trópico; usamos la designación como símbolo de situaciones que son más complejas que lo que pueden caber en una frase.

No parece el autor quedar plenamente satisfecho de su explicación cuando, a modo de aclaración definitiva, inserta la tesis que al respecto Lenin defendía, a saber: «El doble poder se manifiesta en la existencia de dos gobiernos: uno es el gobierno principal, el verdadero, el real gobierno de la burguesía: el "gobierno provisional" de Lvov y Cía., que tiene en sus manos todos los resortes del poder; el otro es un gobierno suplementario y paralelo, de «control», encarnado por el Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado, que no tiene en sus manos ningún resorte del poder, pero que descansa directamente en el apoyo de la mayoría indiscutible y absoluta del pueblo, en los obreros y soldados armados.» A primer golpe de vista, esta definición no contrasta demasiado con la de Trotski quien dice que «la preparación histórica de la revolución conduce, en el período prerrevolucionario, a una situación en la cual la clase llamada a implantar un nuevo sistema social, si bien no es aún dueña del país, reúne de hecho en sus manos una parte considerable del poder del Estado, mientras que el aparato oficial de este último sigue aún en manos de sus antiguos detentadores. De aquí arranca la dualidad de poderes de toda revolución».

En todo caso, según la opinión del doctor Zavaleta, hay una primera disolución del concepto de dualidad de poderes en cuanto se refiere a toda revolución, a toda crisis, a todo cambio político dentro de cualquier etapa de la historia del mundo. Esa disolución es más evidente cuando se considera que Trotski plantea la dualidad de poderes como una ley social, en contraposición a la «peculiaridad esencial» que ve Lenin en ella, como un fruto puro de la historia rusa, de su modo superpuesto de suceder. Una ley social, como es natural, debe ser lo suficientemente extensa como para no referirse a un solo caso, ni siquiera a pocos casos; debe contemplar los mismos casos en cuanto ocurran en las mismas circunstancias; de otra manera, se trataría sólo de la descripción de un hecho *sui generis* y se podría rechazar la mención de ley social desde el principio. Debe ser, de otro lado, una noción lo suficientemente restringida y caracterizable, porque, si no es así, vendría a confundirse con una obviedad o truismo. Aplicando estos mínimos al tema, es lógico advertir que un poder no desaparece inmediatamente en cuanto se lo niega y que, hasta como punto de referencia, una negación necesita de una mínima prórroga de la tesis, por lo menos hasta el momento en que la negación se ha definido. Pero no es necesario convertir en una ley social la subsistencia por un instante a la vez del poder desconocido o controvertido (en descenso) y del poder que desconoce o que reniega del anterior (en ascenso). Esto, sencillamente, no es una ley social, sino un requisito lógico del cambio político (de todo cambio político), un *sine quan non ante* sin mayor complejidad.

* * *

¿Cómo explicar, en todo caso, la rabiosa actualidad que el tema anteriormente expuesto entraña en no pocos lugares de América latina? La explicación que nos ofrece el doctor Zavaleta es amplia y, consecuentemente, merece la pena el efectuar algunas reconsideraciones sobre la misma. Por lo pronto, nos indica, la dualidad de poderes

en Rusia expresa, quíerose o no, aquel momento en que el proletariado, sobre la base de su conciencia organizada como partido y explotando las condiciones objetivas de la crisis nacional general, tiene ya fuerzas para constituirse como Estado sin ser inmediatamente liquidado. Como para constituirse, pero no todavía como para conquistar el apoyo de la mayoría del pueblo, sobre todo del campesinado; puede, por tanto, ser un Estado pero no todavía unificar en sus manos *todo* el poder del Estado. El fracaso de la burguesía rusa en solucionar los problemas del campesinado, aun en las condiciones inicialmente ventajosas para ella dentro de la dualidad de poderes, le aliena el apoyo de la mayoría del pueblo y ése es el momento en que se puede constituir el «entrelazamiento» entre la movilización democrático-burguesa del campesinado y la movilización socialista del proletariado. De aquí proviene el hecho de que la dualidad de poderes sea sobre todo ahora una discusión que corresponde a los países en los que el proletariado no es mayoritario, a los países atrasados pero con cierta industrialización mínima a la vez. En países como Bolivia, donde la burguesía, tanto como burguesía intermediaria cuanto como burguesía «nacional», es una clase débil de un modo inveterado; donde el equivalente a una «crisis nacional general» es algo a cuyo margen la sociedad está de continuo (la insurrección permanente de Bolivia) y en los que existe a la vez un proletariado políticamente bastante avanzado, son, por lo mismo, aquellos en los que la dualidad de poderes puede producirse de una manera aproximada a los hechos rusos de 1917.

El gran ausente en Bolivia es el partido portador de la conciencia de la clase avanzada y éste es el problema u obstáculo que, en verdad, merece toda nuestra atención—específica el doctor Zavaleta—. Sin partido proletario, desde luego, no hay Estado proletario. Esta misma problematización, sin embargo, tiene el vicio de remitir a una figura estatal que correspondió a una coyuntura determinada de la historia rusa, lo que en cambio debe explicarse a través de su contexto de clase. Sin la alianza de la clase obrera con los campesinos, la Revolución rusa no habría sido posible, con dualidad de poderes o sin ella. En países que tienen un cuadro de clases parecido al de la Rusia de entonces, el proletariado jamás podrá hacerse del poder si no encuentra su *quantum* necesario en el campesinado. Esta es una norma que, desde luego, también sirve para dicho tipo de países, porque en los países desarrollados apenas si existe un campesinado, lo cual vale también para varios países subdesarrollados. La necesidad empero se sitúa en torno a esta alianza, imprescindible desde el punto de vista revolucionario, y no en torno a la dualidad de poderes que es, en cambio, una excepción. Se diría, por el contrario, que la propia dualidad de poderes fue un episodio superior en la construcción de la alianza obrero-campesina.

* * *

Las páginas finales del libro que ocupa nuestra atención están consagradas a la detallada exposición y comentario de los problemas políticos que oscurecen el horizonte de esos dos países tan significativos como lo son Bolivia y Chile. En el caso de Bolivia el autor, en orden a la adecuada revisión de los problemas socio-políticos que acongojan este país, inicia su examen arrancando de la célebre crisis del año 1952 —crisis, en rigor, todavía no superada—. Luego de un detenido análisis de multitud ac

acontecimientos —concretamente la posición de los líderes políticos más prestigiosos, posición de los partidos políticos y postura del ejército— *considera que, en rigor, el general Torres fue un azar favorable para la izquierda, pero no una construcción sistemática y coherente de la izquierda. En lo personal, él venía de una confusa historia. Su concepción de la política era obligatoriamente empírica y se concretó en dos conceptos constantes, que fueron el nacionalismo y el institucionalismo. Es importante, para entenderlo, tener en cuenta, sobre todo, la religión institucionalista de los oficiales de su tipo. ¿Por qué participa tan resueltamente en el 4 de noviembre, en la creación de la Restauración? Porque el 4 de noviembre era, entre otras cosas, el desquite del ejército, la vuelta de los oficiales. Torres era un seguidor muy próximo de Ovando, desde hacía tiempo, y Ovando era entonces el jefe de los institucionalistas, su estrategia política, el constructor del retorno político del ejército. ¿Por qué se hace después populista? Esto es parte de un hecho social más amplio que es la radicalización de la pequeña burguesía después de la guerrilla de Ñacahuazu y, en esta materia, es importante estudiar el relevante papel que tiene el «estado de ánimo» político de las capas medias con relación al ejército. Los oficiales mismos, de un modo o del otro, aunque sean una burocracia especial, son parte de las capas medias o las capas medias son los estratos a los que ellos pueden referirse con una mayor proximidad. Lo que ocurra socialmente en esas capas ocurrirá después de un modo reconcentrado en el ejército. Esta es la importancia que tienen estos sectores intermedios que, sin existir en la política por sí mismos, son, sin embargo, el escenario para el desarrollo de la «cantidad» humana de las clases que sí existen por sí mismas, como el proletariado. De todas maneras, Torres (siguiendo a Ovando) se hace restaurador, siguiendo los intereses de su institución; pero, cuando la Restauración trae consigo una extensa impopularidad para el ejército, Torres se hace populista, otra vez en defensa de los intereses de su institución.*

Para el autor de estas páginas, cosa que claramente subraya, Torres vino a ser como una especie de desafío a la izquierda, a su capacidad de adaptarse en una situación jamás prevista; Torres, en suma, es el ejército tratando de ganar puntos y prestigio ante la izquierda.

* * *

Glosando los acontecimientos chilenos, en los que el presidente Allende perdió el poder y la vida, reconoce, ciertamente, la existencia de determinadas grietas en el sistema de gobierno del extinto líder político. Sin embargo, subraya, poco o nada para remediar los males citados podía hacer el político desaparecido, dado que, para ello, habría necesitado de un apoyo con el que no contaba. Era preciso un cambio total, y la verdad es que una sustitución tan drástica en los principios y formas de gobierno no era posible sin una instancia real de concentración del poder, en una medida que era inconcebible en el Chile de Allende tal como fue. Consecuentemente, nos indica el autor, cuando no hay un poder unificado, en el que la hegemonía está en manos del partido de la clase obrera, este tipo de vuelcos es impracticable. El papel del partido resulta tan incuestionable que se podría llegar a decir que, así como el sindicalismo es la clase en sí y sin partido no hay clase para sí, así también, sin hegemonía del partido obrero, no puede haber dictadura proletaria. Sólo el partido habilita a la

RECENSIONES

clase para los avances y retrocesos, para la marcha quebrada y zigzagueante hacia la constitución del poder obrero. Sólo el partido hegemónico puede utilizar varias tácticas a un tiempo o sustituir una de ellas por otra. Es, pues, un deber irrenunciable de un partido obrero el luchar por su propia hegemonía.

Resulta lo demás una suerte de juego de anécdotas complementarias. La democracia cristiana había tenido éxito en el reclutamiento de las clases medias, y es verdad que ahora era una suerte de partido de masas de las clases medias. Resultado era ello, posiblemente, no sólo de que las convocatorias de este partido se parecieran más a los temores y los valores de esos grupos; venía también, sin vueltas, de las reformas practicadas en el tiempo de Frei. La dispersión en el tiempo de los cambios sociales agrarios impidió una formulación fulminante de la alianza obrero-campesina. Allende, probablemente, debió haber cedido en todo lo necesario, incluso mucho, para pactar con la democracia cristiana, a condición de prepararse paralelamente para la guerra civil que era inevitable en Chile y a la vez el antecedente imprescindible de la crisis revolucionaria, sin la que no se podía vencer.

El libro del doctor Zavaleta es, en rigor, un interesante estudio sociológico-político sobre la realidad de dos formas de gobierno unidas, acaso, por unos mismos problemas y esperanzas. Registremos, en todo caso, que, en algunos momentos, su apasionamiento —que no debemos confundir con dogmatismo— no nos permite ver con nítida claridad las cosas.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

ANTONIO TRUYOL Y SERRA: *La Sociedad Internacional*, Alianza Editorial, S. R., Madrid, 1974, 221 pp. (Col. «Alianza Universitaria», 83).

El prestigio del profesor Antonio Truyol desborda claramente nuestras fronteras. La feliz circunstancia personal de su nacimiento le hace poseedor como propias de grandes lenguas europeas. Su profesión de jurista e internacionalista, junto con una radical vocación por la enseñanza y por la pluma, hacen de él un gran internacionalista y un gran europeo. El libro que esta vez nos ofrece es proyección de una de sus experiencias docentes: dos cursos en la Academia de Derecho Internacional de La Haya, en los veranos de 1959 y 1965, que se corresponden con las partes II y I, respectivamente, de que consta el libro. Por supuesto, cambios, reactualizaciones y nuevas redacciones, al igual que supresiones, han sido introducidos. El tiempo no pasa en balde para nada, pero menos en algo disciplinariamente tan joven como son ciertos aspectos de las Relaciones Internacionales. En el caso presente, adoptando el título de *Sociedad Internacional*, procede a una refundición de lo jurídico y lo sociológico junto con lo filosófico y lo histórico.

Una brillante introducción general aborda preferentemente la trama y la cuestión terminológica de las relaciones internacionales, arrancando del análisis maxweberiano, es decir, del concepto de acción. Lo equívoco de lo «internacional» hace que ciertos autores

preferan el término de «interestatal», pero son muchos los que utilizando el primero lo hacen a sabiendas de que es el segundo el que informa preferentemente la vida internacional. El profesor, a modo de resumen, dirá que «en un sentido amplio, una sociedad es internacional cuando el poder está descentralizado, distribuido entre grupos que lo monopolizan en sus respectivos territorios. Y será estatal cuando el poder esté centralizado, monopolizado por una instancia suprema que se impone a los sujetos». Y prosigue más adelante: «Hoy, todos los Estados mantienen relaciones exteriores, aunque no todos se reconozcan entre sí. En cambio, las relaciones entre individuos y entre colectividades no estatales, si bien se hallan en la actualidad más desarrolladas que en ningún otro período de la historia, no son admitidas por todos los Estados en igual medida y, por regla general, se efectúan a la sombra de las relaciones entre los Estados», subrayando el profesor Reuter que estas relaciones interindividuales son el elemento más rico y más vivo y de progreso de la sociedad internacional.

La primera parte, básicamente histórica, aborda la expansión de la sociedad internacional en los siglos XIX y XX. En el plano internacional la mutación estriba en el *paso de la pluralidad de sociedades internacionales particulares o regionales a una sociedad internacional única a la escala del planeta*. El motor decisivo de esta síntesis esférica lo proporcionó la sociedad europea, con sus exploraciones, sus conquistas y su transmisión de valores. Y esa Europa es la heredera de la cristiandad medieval que, con Bizancio y el Islam, relevaría al Imperio Romano. El Estado moderno se origina en Europa occidental durante el Renacimiento; se va forjando el derecho de gentes, el derecho internacional. Las tremendas y prolongadas convulsiones de las guerras de la Revolución francesa y napoleónica no cayeron en saco roto. En Viena se trató de establecer un complejo equilibrio de poder, a fin de prevenir la guerra, al menos generalizada. El «Concierto de Europa» había surgido. (Truyol indica que el término «concierto» es más preciso que el de «sistema» en cuanto a la unidad de acción).

Prolongación directa del sistema europeo fue el sistema americano, formando globalmente un «sistema de Estados de civilización cristiana». Esto no ha sido tan fácil. En realidad, ambos hemisferios vivieron claramente aparte durante más de un siglo. USA no quería «contaminarse», pero su propio imperialismo, su entrada en la I Guerra Mundial y su definitivo desaislacionismo con motivo de la última guerra no sólo la han integrado, sino que sobre América y a su alrededor gira o ha girado el resto del mundo, al menos del no comunista. Es la era de las «superpotencias», de los bloques, por encima y por delante de los policentrismos. Y de la «descolonización». De ahí la paradoja de la «doctrina de Monroe».

Fruto de todo ello es el paso de «el sistema de Estados de civilización cristiana a la sociedad de Estados civilizados». Es la entrada en juego del mundo afro-asiático.

Inevitablemente, también ha evolucionado la doctrina del derecho internacional, con «un retorno a una perspectiva universalista». Aun admitiendo situaciones particulares, un autor, Bonfils, citado por el profesor Tuyol, lleva a una concepción universalista—y crítica—«sorprendente»: «El derecho internacional *natural* o *racional*—dice Bonfils—se aplica a todos los Estados, a todos los pueblos. Abarca y gobierna a todos, sea cual fuere su grado de civilización... Este derecho racional es aplicable a todos los pueblos, incluso a las tribus bárbaras que todavía existen en África... (pues bien), de hecho, los Estados civilizados, abusando de su fuerza, han violado demasiadas veces

RECENSIONES

estos principios con respecto a los negros de Africa, los indios de América, los polinesios de Oceanía, e incluso con respecto a los estados de una cultura diferente.» ¡Son palabras de principios de siglo! El último capítulo es la búsqueda de un orden nuevo por la sociedad mundial.

La segunda parte trata de la estructura de la sociedad internacional. Un capítulo se dedica a los estados propiamente dichos; otro, a las «grandes potencias», es decir, los grandes actores de la vida internacional, analizando este escurridizo término, así como los de influencia, hegemonía y dominación. Y el de «superpotencia», que según los chinos no sólo significa un supremo grado de potencial, sino también el espíritu, las ganas de querer utilizarlo o blandirlo. Según ellos, aunque un día llegaran a poseerlo, su intención no sería el de utilizarlo (lo cual queda por ver), es decir, que no se comportarían como tal superpotencia.

Los dos últimos capítulos plantean el problema de las fuerzas transnacionales y el individuo en la sociedad internacional. Los grupos de presión también se dan en este contexto. Existen más empresas mercantiles e industriales que giran anualmente cantidades superiores que los presupuestos anuales de la mayoría de los estados independientes. Y estas empresas son igualmente actrices de la escena internacional—o en este caso, transnacional—. Son muchos los «imperios anónimos» con capacidad de influencia y hasta de decisión. Por último, se procede a un breve esbozo de las siguientes fuerzas transnacionales: religiosas y espirituales; ideológicas, políticas y sindicales; intelectuales y culturales; económicas, y se termina con la opinión pública. Encuentra espacio aquí el concepto de «imperialismo», que en modo alguno puede abordarse en todos los casos como un reflejo meramente económico, precisa el autor.

El libro termina con una *de facto* tercera parte, que se agrega a los cursos de La Haya. Consiste en diecinueve anexos, verdaderamente útiles que van desde la composición de la Confederación Germánica y los Estados del Concierto de Europa hasta los nuevos Estados (1943-1973). Tal vez el más llamativo sea el de la «Evolución en la composición del Sacro Colegio Cardenalicio». El único reparo apunta a la demografía de los Estados, que ha quedado algo anticuada. La obra concluye con un índice onomástico y de materias. En resumen, un libro que hace honor a la disciplina de las relaciones internacionales.

TOMÁS MESTRE

La Legión española (cincuenta años de historia), dos vols., tomo I, 1970, 472 pp.; tomo II, 1973, 642 pp., Editorial Subinspección de la Legión, Leganés (Madrid).

Todos los países tienen tropas distinguidas dentro de su Ejército, cuya creación obedece a distintas circunstancias históricas, las cuales cuidan y cultivan sus tradiciones, que en ocasiones se remontan a varios cientos de años. Tal es el caso español de la Infantería que, desde las luchas por los campos europeos, organizada en los famosos Tercios de Flandes, alternaba la pica y el mosquete, en aquella interesante fase de transición en el arte militar que supuso el paso del empleo de las armas blancas a las

de fuego y de las que el Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, fue el verdadero precursor y creador de una nueva táctica, conocida con el nombre de «Escuela Española».

El valor de sus hombres y su facilidad para adaptarse y asimilar la nueva táctica, fueron la causa de sus triunfos por tierras italianas y la justa fama que lograron en todo el mundo.

Pero el caso de la Legión española es realmente singular, pues en el corto espacio de cincuenta años ha adquirido un prestigio sin igual, a la altura de las más heroicas unidades de los Ejércitos contemporáneos. Desde el 20 de septiembre de 1920, que fue creada, no ha cesado de realizar «hechos heroicos», tanto colectivos como individuales. Por sus filas han pasado miles de hombres, que hoy, repartidos por el mundo entero, siguen haciendo honor al *espíritu legionario*, que a sangre y fuego entró a formar parte de ellos mismos, a integrarse en su propio ser, como consecuencia de una dura disciplina, actividad continuada y entrega al servicio.

Y la razón de la eficacia de la Legión y de su justa fama, con acciones de leyenda, no es otra que su *espíritu*. Su singular y tenso espíritu militar, que es una sublimación del que posee el infante español y que se ha convertido, a lo largo del tiempo, en una *constante histórica*.

El *Tratado del esfuerzo bellico heroico* (1524) es el título de una obra importante en la literatura militar española y universal, en la que Palacios Rubios nos cuenta las hazañas de los soldados de los Tercios de Flandes en su guerrear durante el siglo xvii y «estudia el origen y efectos del valor, le clasifica según sus manifestaciones y encomia y ensalza la bizarría de que da pruebas el caballero en los trances del combate».

Este libro y toda la monografía histórica de esa importante etapa del Imperio español que guerreaba por Europa, en la que los «señores soldados», como les llamaba el duque de Alba, dieron muestras de su señorío hispánico y de sus exaltadas virtudes de combatientes, sirvieron para que el creador de la Legión, don José Millán-Astray y Terreros bebiera en ellas como fuentes y antecedentes del espíritu que iba a dar a sus legionarios en 1920, caracterizado por el respeto a la tradición y la actualización para hacerlos soldados ejemplares del siglo xx.

El teniente coronel Millán-Astray, después de haber combatido en Filipinas, en Africa y obtenido el «diplomado de Estado Mayor», se dedicó, con denuedo y entusiasmo, a crear el Tercio de Extranjeros, en la seguridad de que tan singular tropa prestaría a España servicios extraordinarios.

Su figura adquirió pronto una personalidad fuera de serie. Ha sido descrito con estas palabras, que reflejan un estado físico y moral después de terminada la guerra de España en 1939: «Alto, delgado, seco y avellanado, viejo pero erguido, con el monóculo negro cubriendo la cuenca de su ojo derecho, tocado con el gorro legionario o la gorra teresiana bandeada de plata, y la manga vacía de su brazo izquierdo pegada al cuerpo como la corbata de una bandera.»

Con este aspecto militar impresionante, fue conocido en la Argentina, y durante su visita al Colegio Militar de la Nación en 1937 arengó a los cadetes con su peculiar estilo inolvidable.

Parecía un *quijote militar*, de cuerpo flaco y mutilado mantenido por un *espíritu* superior. Se había convertido en un símbolo, en un héroe vivo y mitológico al mismo tiempo.

RECENSIONES

Su clara y rápida inteligencia, su facilidad de palabra, el entusiasmo contagioso que impartía su figura, su tenacidad, el concepto poético y espiritual de la vida, son rasgos de su carácter. Fue constante la fe que tuvo siempre en los hombres a su mando, que sabía le responderían en toda ocasión, cualquiera que fuese su anterior formación, mentalidad, nacionalidad, etc., y que expresó magistralmente en la frase referida al legionario: «¡Nada importa su vida anterior!». Sólo contaban sus actos en la Legión. Y con gran cortesía y sentido emulativo les llamó siempre *caballeros legionarios*.

En 1919, cuando Millán-Astray tiene ya el proyecto concreto de la creación de la Legión, tiene lugar un acontecimiento trascendental: «*El gran encuentro*, un hecho memorable y definitivo para el fundador y para la Legión que iba a nacer. El hecho es este: conoce al comandante Francisco Franco. Millán-Astray tiene cuarenta años; Franco, veintisiete.»

«Se encuentran en un curso de información sobre tiro celebrado en Pinto. En la resolución de determinado tema trabajan juntos. Los une el denominador común del amor a la profesión y la capacidad técnica de ambos. Pero hay algo más: es una afinidad inexplicable que los aproxima y da origen a una amistad que llegará hasta el fin.»

«Millán-Astray explica a Franco su proyecto y el estado de las gestiones para llevarlo a cabo. Franco se entusiasma, tiene ya fe en el éxito y en el triunfo y contesta sencillamente: "Sí, yo seré el lugarteniente".»

«El 7 de enero de 1920 asciende el fundador al grado de teniente coronel y el 31 del mismo mes sale a la luz en el *Diario Oficial* la Real Orden por la que se dispone que el teniente coronel Millán-Astray emprenda la tarea de organizar el Tercio de Extranjeros creado en 28 del mismo mes.»

Al ser herido Millán-Astray—vertió cuatro veces su sangre por la patria—le sucedió en el mando de la Legión el teniente coronel Valenzuela, que al hacerse cargo del mando, en 1922, calificó a su antecesor como «místico de la disciplina y del patriotismo, hidalgo y noble soñador del ideal». La heroica muerte de Valenzuela en 1923 fue un fecundo ejemplo para los legionarios. Le sustituye en el mando Franco, jefe y creador de la Primera Bandera, que tanto había de dar a la Legión y de la que tanto había de recibir para su formación de soldado ejemplar, curtido en la lucha, en las dificultades continuas, en la adversidad, en la incompreensión... Sin duda, la etapa legionaria de Franco contribuyó muy positivamente a su formación de político y estadista con la que posteriormente ha pasado a la historia.

Y puede afirmarse sin hipérbole que, tanto Millán-Astray como sus primeros e inmediatos colaboradores: Franco, Valenzuela, Yagüe, Tella, Bartoméu, García Escámez, Sueiro, Franco Salgado, Roda, Alonso Vega, etc., y todos los jefes, oficiales y suboficiales que han servido en sus filas supieron organizar una tropa con un espíritu de lucha, una acometividad, una calidad y una capacidad de sacrificio y de heroísmo que no tiene superación por ninguna otra Infantería del mundo.

En cincuenta años de existencia, los Tercios de la Legión se han batido en toda la geografía de nuestro Protectorado en Marruecos (durante los años 1920 a 1927), la España peninsular (años 1934 y 1936-39) y las arenas del desierto de Ifni-Sahara

RECENSIONES

(años 1957-1958). Durante sus 3.997 acciones de guerra, la Legión tuvo 9.713 muertos, 35.188 heridos y 1.062 desaparecidos, con un total de 45.963 bajas de guerra.

El valor individual y colectivo ha sido reconocido oficialmente en numerosas oportunidades. Las dos condecoraciones máximas del Ejército español: la Cruz Laureada de San Fernando, que premia el valor heroico, y la Medalla Militar, que reconoce la capacidad profesional con valor distinguido, han sido concedidas en numerosas ocasiones a sus Unidades tipo batallón, denominadas Banderas. La Laureada ha sido otorgada a 21 personas, y ostentan la Medalla Militar individual 196 hombres que han formado en sus Unidades. Estos 217 héroes: jefes, oficiales, suboficiales y legionarios, son un perenne ejemplo para sus compañeros y un estímulo para alcanzar la gloria y la fama militar que ellos lograron.

Espíritu tenso, actividad constante, aventura, compañerismo hasta la muerte, credo legionario, recuerdo perenne a los caídos, sus canciones, que tienen por novia a la Muerte, sus gritos: «Legionarios a luchar, legionarios a morir», son una peculiar forma de vida de los legionarios, que desde 1920 llevan en sus emblemas los mismos símbolos que los infantes españoles de los Tercios del Duque de Alba, de Don Juan de Austria, de Alejandro Farnesio, etc.; pero que manejan modernas armas automáticas, morteros y cañones, misiles contracarro filodirigidos, carros de combate, vehículos todo terreno, radios y todo el moderno armamento con que cuentan sus cuatro Tercios, situados en Ceuta, Melilla, Aaiún y Villa Cisneros. Allí, en centinela constante, están siempre listos para defender a España.

El tradicional espíritu militar español, reflejado en las Ordenanzas militares de Carlos III, cuya esencia sigue teniendo plena vigencia actual, es la fuente del *alma legionaria*, cuyas manifestaciones externas son: el Decálogo y la letra de sus himnos y canciones, que reflejan de manera clara y terminante el compañerismo, la acometividad y el clásico «¡no importa!» español, pues no importa el dolor, el cansancio, el hambre, la sed..., ¡sólo importa el cumplimiento del deber!

La Legión impresiona, subyuga, atrae. Sus desfiles muestran a una tropa que está en vanguardia de la eficacia combativa, entre los que hayan existido en todos los tiempos. Su calidad es tan sobresaliente por su espíritu tenso que identifica al legionario con el cumplimiento del deber, a costa de cualquier sacrificio y sin temor a la muerte. El «¡viva la muerte!» que lanzan los legionarios no es una expresión vacía o contradictoria. Es la expresión de una total entrega a la Patria.

Miles de hombres, españoles y extranjeros, han militado en sus heroicas Banderas y, unos en sus tumbas, otros en los campamentos africanos y otros en el campo del trabajo, se pondrían todos en pie si un día España necesitara de ellos y les lanzara el grito cumbre del compañerismo: «¡A mí la Legión!».

Difícil, muy difícil, es condensar en unas páginas, aunque ellas sobrepasen el millar, tantas vicisitudes, tantas acciones de guerra, tanto heroísmo como el que la Legión ha escrito en cincuenta años de reciente vida española. Pero este intento ha sido superado de forma muy acertada en los dos tomos del libro que comentamos y en el que los héroes anónimos y los oficialmente reconocidos están todos presentes con su espíritu legionario.

RECENSIONES

La obra es una valiosa aportación a los trabajos monográficos sobre la historia actual, y una manifestación clara de la existencia de valores espirituales en la sociedad contemporánea. Su lectura es, más que atrayente, apasionante, y los planos, croquis, fotografías y dibujos facilitan la ambientación a toda clase de lectores que quieran conocer cómo es la Legión española y el espíritu que la anima.

FERNANDO DE SALAS LOPEZ

